



EL VIAJE *de*  
TOMÁS y MATEO

LISANDRO N.C.  
URQUIZA

BÄRENHAUS  
EDIT

BÄRENHAUS

# ÍNDICE

<b>Capítulo 1:</b> De Buenos Aires a París - Una foto.....	9
<b>Capítulo 2:</b> Algo se aproxima - Jazz & Blues - Una mochila y un sentimiento.....	19
<b>Capítulo 3:</b> Compatriotas - Amigos - Y un libro.....	30
<b>Capítulo 4:</b> Domesticando a Mateo - Tres cajas - Olegario.....	45
<b>Capítulo 5:</b> Paseos y revelaciones - Una carta.....	68
<b>Capítulo 6:</b> Mateo, el protector - Se sintió maravillado - Se sintió querido.....	76
<b>Capítulo 7:</b> Desayuno francés - Ruiseñores en mi ventana....	95
<b>Capítulo 8:</b> Una remera roja - Esos ojos.....	106
<b>Capítulo 9:</b> Italia - Perdón por mi estupidez - ¿Quién es Tommy?.....	120
<b>Capítulo 10:</b> Mateo y Elisa, los gemelos fantásticos - Te quiero mucho.....	129
<b>Capítulo 11:</b> Herida - La familia italiana - La familia argentina.....	135
<b>Capítulo 12:</b> Una charla a corazón abierto - El viaje cambió su mundo.....	145
<b>Capítulo 13:</b> Lo mejor mi viaje, parte 2.....	149
<b>Capítulo 14:</b> Roma - Todos a bailar.....	164
<b>Capítulo 15:</b> El chico de la moto - Horquillas en el pelo - Un beso.....	170
<b>Capítulo 16:</b> ¿En dónde está Mateo? - ¿Quién es Fabrizio?....	181
<b>Capítulo 17:</b> Como una bolsa de basura - Una invitación.....	185
<b>Capítulo 18:</b> Italia de día - La tienda de Francesco.....	193
<b>Capítulo 19:</b> Una bicicleta - Un moño negro - Alguien que me ame de esa forma.....	202
<b>Capítulo 20:</b> Me gustás mucho - La batalla por Tomás.....	207
<b>Capítulo 21:</b> La gran noche de Mateo - Una flor blanca.....	213
<b>Capítulo 22:</b> El matrimonio Salvatore - Tomás, héroe de la noche.....	225

<b>Capítulo 23:</b> El Príncipe - Un Vals - Cien hombres.....	237
<b>Capítulo 24:</b> De naranjas y otros amores.....	249
<b>Capítulo 25:</b> Fuegos artificiales - La forma en que luces esta noche.....	263
<b>Capítulo 26:</b> Te entrego mi corazón - Sí a todo.....	272
<b>Capítulo 27:</b> La primera noche - Amor verdadero.....	280
<b>Capítulo 28:</b> La visita al <i>signore</i> Antonio.....	298
<b>Capítulo 29:</b> Bajo un pino - Compañeros.....	311
<b>Capítulo 30:</b> Una respuesta.....	316
<b>Capítulo 31:</b> Reencuentros - Te voy a extrañar.....	322
<b>Capítulo 32:</b> La segunda noche.....	332
<b>Capítulo 33:</b> Los hermanos Prado - Entre dos mundos.....	348
<b>Capítulo 34:</b> Un año atrás, una nota y un piano.....	354
<b>Capítulo 35:</b> Preparando las valijas - Un libro.....	362
<b>Capítulo 36:</b> De abogados y otros menesteres - Las vueltas de la vida.....	369
<b>Capítulo 37:</b> Sebastián, chico rubio - Y mejor amigo de Elisa.....	374
<b>Capítulo 38:</b> La banda de Mateo - Mariposas en los brazos - ¿Quién es ese chico?.....	380
<b>Capítulo 39:</b> A la deriva - Dos vasos de café humeante.....	390
<b>Capítulo 40:</b> Mateo en el País de las Maravillas.....	395
<b>Capítulo 41:</b> Elena y el señor Hitchcok.....	415
<b>Capítulo 42:</b> El pasado de Tomás - Hora de cambiar algunas cosas.....	417
<b>Capítulo 43:</b> Del cielo al infierno - Luchito.....	423
<b>Capítulo 44:</b> El Centro Comercial y el barrio que NO es un pueblo.....	433
<b>Capítulo 45:</b> “Olegario Bistró” - Dejá que hablen.....	438
<b>Capítulo 46:</b> Un año y una camiseta para Luciano.....	445
<b>Capítulo 47:</b> Una decisión - Demasiadas emociones.....	452
<b>Capítulo 48:</b> Sos todo para mí - Es lo que debe ser.....	459
<b>Capítulo 49:</b> Epílogo.....	464
<b>Playlist del libro</b> .....	471
<b>Glosario de argentinismos</b> .....	474

# CAPÍTULO 1

## DE BUENOS AIRES A PARÍS UNA FOTO

Tomás se sentó un momento y esbozó una sonrisa tranquila. Por fin había llegado a su destino después de un viaje de varias horas en avión que lo trasladó desde Buenos Aires, en el cual solamente había tenido un momento de descanso —cuando se registró en el hotel— y, al cabo de media hora el transporte de la agencia de turismo ya lo llevaba rumbo a su primera excursión en la capital de Francia.

9

Se encontraba sentado en las escalinatas que lo invitaban a ingresar a una de las máximas referencias arquitectónicas de París: la Catedral de Notre Dame. Desde esa ubicación, observaba todo lo que sucedía a su alrededor. En un momento dado, se entretuvo escuchando el relato del comunicativo guía de un grupo de turistas españoles, quien, en un idioma mezcla de español con francés, predicaba con mucha seguridad: “En esta época, París renace, con las avenidas ribeteadas de verde claro y los árboles en flor. Los días se alargan y se nota un pequeño aire a vacaciones, y el perfume del algodón de azúcar invade las avenidas. Los paseantes vuelven a descubrir los jardines y las orillas del Sena, a pie, en bicicleta o con patines”.

—¡Lindo curro el del guía! —reaccionó Tomás verbalmente—. ¡Con las estupideces que les dice a los turistas, se debe estar llenando de plata!

—¿Qué dijo? —le preguntó un hombre de avanzada edad. Evidentemente, tenía su oído bastante afinado, a diferencia de sus extremidades que se movían en cámara lenta.

—¡Nada, nada, mi amigo! —se apuró a responder Tomás—. Solo era una reflexión.

Junto a su esposa, el jubilado español pasó cerca de Tomás a la misma velocidad que una tortuga y, con una sonrisa, festejó el dicho del joven haciendo una “V” con los dedos índice y anular.

10 Una vez que la pareja se alejó, el argentino de pelo amarillo se colocó los auriculares del teléfono, buscó en la *playlist* del aparato la canción “Freak of the week” y, luego de hacer esto, comenzó a revolver dentro de su mochila. Como si fuera la maleta mágica de Mary Poppins, sacó de esta un termo con agua caliente, un mate, una yerbera de latón y, para terminar de armar el “equipo matero”, una pequeña bombilla de alpaca. Volcó yerba mate en una pequeña calabaza hueca, la humedeció con un poco de agua caliente y, finalmente, enterró allí la bombilla.

Así, como si estuviera en cualquier plaza de Argentina, comenzó el rito del mate. Sentado con las piernas cruzadas, Tomás se dedicó a disfrutar del paisaje y de su infusión calentita al ritmo de la música, que lo aisló por varios minutos del hormiguero de turistas que lo rodeaba.

Algo le llamó la atención en medio de su observación y otra vez hurgó en la mochila. Sacó una pequeña bolsa de tela que originalmente había sido el envoltorio de una remera y que ahora se había convertido en estuche de una cámara de fotos. Dejó el termo y el mate en el peldaño sobre el que estaba sentado y tomó la cámara; esta no poseía otra tecnología más que la de tomar buenas imágenes para después poder bajarlas a una computadora. Hecho esto, comenzó a apuntar a diferentes

objetivos y disparó a cuanta cosa lo sorprendía: paisajes, personas, situaciones, etc. Se detuvo un momento para cebar nuevamente un mate y rio al ver cómo dos turistas se peleaban por el lugar en la fila para ingresar. Riéndose por la cómica situación, se puso de pie y siguió tomando fotografías de todo lo que veía. ¡No era para menos: estaba visitando uno de los lugares más emblemáticos de París! Por supuesto, Tomás ignoraba que, con los años, ese lugar se convertiría en una sombra humeante y las imágenes que estaba capturando serían un tesoro de ese gótico y antiguo esplendor.

11

Debió sacar medio centenar de fotos de un solo golpe: la Galería de los Reyes en la fachada principal, las gárgolas, las campanas nuevas, el rosetón del ala sur, las puertas de la fachada oeste y los arbotantes, una suerte de arcos gigantes cuyo nombre se enteró por el guía de turismo de los españoles. Tomás no tardó mucho en iniciar con él una charla pues, si algo caracterizaba al muchacho argentino era que sabía cómo hacerse entender en cualquier lugar al que iba, aunque desconociera el idioma. Su principal característica consistía en saber llegar a las personas. Utilizaba el lenguaje correcto para cada situación; no tenía problema en conversar con quien se le cruzara, siempre con educación y de manera ubicada. Era un argentino ciento por ciento —cosa fácil de notar por su acento y por el mate que llevaba a todos lados—, aunque por fuera daba la apariencia de ser originario de algún país de Europa oriental.

Su mata de pelo, rubio claro tirando a cobrizo, no llegaba a ser una melena, pero enmarcaba perfectamente los rasgos de su rostro anguloso y blanco como un copo de nieve. Los pómulos, bien definidos, se fundían con una serie de pecas que descansaban sobre las mejillas y componían, junto a un par de ojos verdigrís, un rostro

añado que le daba el aspecto de un joven de veintitantos aunque, en secreto, su reloj biológico contaba treinta y dos años. Tenía siempre actitud jovial, amable y simpática; era una de esas personas a las que uno se alegra de ver porque transmiten “buena energía”.

Su estatura era más bien media: poco más de un metro setenta, acorde con el resto de su cuerpo delgado pero fibroso. Su andar era un tanto gracioso, pues lo hacía como dando pequeños saltos con los que daba la sensación de que se caería para adelante. Era una persona que estaba continuamente en movimiento; solo se lo veía quieto o tranquilo cuando se sentaba un rato con su mate o a escribir notas en su cuaderno.

Vestía ropa acorde con la primavera boreal: un jean liviano, botitas “converse” blancas, una remera gris que combinaba con un sombrero estilo *borsalino* que, además de darle un toque de moda, lo protegía del sol y evitaba que su tan lacio cabello le cayera sobre la frente.

Todas estas características hacían que “Tommy” raramente pasara desapercibido en algún lugar que visitara.

Antes de ingresar a la Catedral, se dispuso a tomar la foto que seguramente ocuparía el lugar de “perfil” en alguna red social. Recurrió a la vieja y nunca pasada de moda costumbre de pedirle a alguien que lo retratará. Miró a su alrededor para ver si encontraba algún alma caritativa que hablara en español o que entendiera al menos con señas cuál era el servicio que requería. El grupo de jubilados españoles ya había entrado al edificio junto a su guía, así que tenía menos esperanzas de conseguir a alguien que hablara su mismo idioma. Fiel a su estilo, bajó por la escalinata hasta llegar a la vereda y, con el tono de un remador o de un vendedor de diarios, preguntó:

—Oiga, usted, el de la gorra blanca, *Can you take me a picture?*



Silencio absoluto. La gente pasaba de largo como si nada y era obvio: con semejante mezcla de palabras de distintos idiomas que Tomás metía en cada frase, no se llegaba a entender en qué idioma hablaba (ya que su inglés era bastante básico).

—*Hey, do you understand? Speak Spanish?*

De vuelta el silencio... y la indiferencia. Al parecer, los turistas que allí pasaban no hablaban español o inglés y los que sí lo hacían no tenían intenciones de responderle, lo cual le sorprendió de un modo poco grato.

—¿Habla español, señora? ¿Przepraszam? —preguntó en polaco a algunas de las personas que caminaban frente a él.

Nadie le respondía. Turistas y residentes pasaban por su lado y le hacían señas como si no entendieran; así fue preguntándoles a varias personas de todo tipo que le decían cosas en diferentes idiomas.

—*Vous parlez espagnol ?* —preguntó a un señor vestido con una remera blanca y una boina negra.

Nada; el sujeto ni siquiera le respondió.

«Mierda, tampoco estoy pidiendo nada tan difícil —dijo para sí—, con el gesto que hago con la cámara debería ser más que suficiente para que se den cuenta». Parecía increíble que, siendo este idioma tan universal y encontrándose en un punto al que llegan personas de todas partes del mundo, justo diera con gente que no entendía lo que el muchacho argentino decía. Finalmente, sin poder contenerse e imitando la pose de Miranda Priestly —una de sus villanas de película favoritas—, exclamó:

—¿Tan difícil es que me quiera sacar una foto? ¿Acaso pido el cielo y las estrellas?

En voz altísima, la frase se escuchó como si fuera el megáfono de un guía hablándole a sus turistas, con tanta

gracia que un muchacho que pasaba por allí se detuvo y, mientras sujetaba la tira azul de una mochila, le gritó:

—Cálmate, flaco, yo te saco la foto.

Tomás escuchó esas palabras y comenzó a mirar hacia distintas partes para averiguar quién era su “salvador”. Cuando finalmente divisó al muchacho, respondió:

—¿En serio? ¡Qué copado, muchas gracias!

El accidental fotógrafo se acercó y, tomando la cámara, le dijo:

—No hay problema, *man*. Decime qué querés que salga de fondo.

14

Esto fue como un vaso de agua fresca en un día de calor, pues además de sentir alivio por haber encontrado a una persona que hablara su idioma, fue mayor aún por tratarse de un compatriota.

—Con que se vea al menos parte de la fachada, es más que suficiente. Saqué un montón de fotos del lugar y me doy cuenta ahora de que en casi ninguna aparezco.

—Sí, a mí me pasó algo parecido. Es lo que nos sucede a los que viajamos solos.

Mientras hacía poses —algunas originales, otras muy ridículas—, Tomás observaba al fotógrafo buscar el ángulo desde donde saldría mejor la toma. Por momentos se acercaba y por otros se alejaba, daba vuelta la cámara y la volvía a girar, lo que daba a entender que no le gustaba ninguna de las casi diez fotos que había sacado. Por otro lado, su cara le era familiar; le daba la sensación de conocerlo de algún lado, pero se dijo para sí: «Quizás lo crucé en el aeropuerto o me parece conocido porque es argentino».

La voz del hombre lo sacó de su ensimismamiento:

—A ver, *Principito*, fijate si te gustan estas —dijo mientras levantaba la mochila que había dejado en el suelo para tomar las fotografías.

Tomás agarró la cámara y su expresión era la de un nene que ve por primera vez a su héroe favorito. Mirando la pequeña pantalla de su cámara, exclamó:

—¡Uh, buenísimas! ¡Qué groso que sos!

El muchacho de pelo oscuro levantó su hombro derecho y con él le dio envión a su mochila, que se acomodó sobre la espalda. Soltó una risotada que dejó ver una hilera de dientes que iluminaron por un momento ese rincón parisino.

—¡Qué loco escuchar esa expresión en el centro de París! Me hace sentir nostalgia de Buenos Aires.

15

Tomás celebró el comentario y guardó la cámara en su bolsita verde oscuro. Miró al fotógrafo y le dijo:

—Me causó gracia lo que dijiste.

—¿Qué te causó gracia?

—Lo del *Principito* —aclaró Tomás—. De todos los apodosos terribles que me han puesto en la vida, es el más tierno y respetable, por lejos.

El joven tomó la mochila como si estuviera alzando a un bebé, abrió delicadamente la cremallera superior y sacó un libro de tapas azules. Se lo mostró y con una sonrisa tierna replicó:

—Decime si no sos igual al del dibujo.

El rubio tomó el ejemplar, que tenía en la tapa el dibujo de un zorro, una rosa y un muchacho al que se asemejaba bastante. Esbozó una sonrisa y pronunció casi como en una confesión:

—“Lo esencial es invisible a los ojos...”.

—Sí, ese fue el regalo del zorro al Principito.

Tomás no supo nunca qué le pasó cuando esas palabras se colaron en sus oídos. Sin embargo, no pudo evitar responder:

—Me cae bien una persona que lee. Una vez escuché decir a alguien que si una persona que conociste te invita a

su casa y no tiene libros, debías salir corriendo..., pero no sé porqué estoy diciendo eso, así que mejor cierro la boca.

Su compatriota lo miró frunciendo el entrecejo y la-deando su cara, como tratando de comprender de qué le hablaba Tomás, quien de pronto se sonrojó de su propia estupidez.

—Sí, eso sonó raro... En fin, este libro me lo prestó mi sobrina para que tenga algo con que entretenerme en el viaje —explicó el fotógrafo—. Y la verdad, cuando venía en el avión lo empecé a leer y me retrotrajo a cuando era chico, que fue cuando lo leí por primera vez.

16

—Sí, más allá de mi chiste boludo, es un clásico atemporal y tiene mensajes muy lindos —comentó Tomás devolviéndole el ejemplar.

El muchacho tomó el libro y lo guardó nuevamente en su mochila. Miró con detenimiento a Tomás y se pasó la mano por detrás de la nuca. Movi6 sus labios levemente hacia un lado y se sonrió.

—Eso es cierto... Creo que me he convertido en el zorro de esta historia, ¿no te parece?

—Supongo —dijo Tomás—. ¿Hace mucho que estás acá?

—Hace unos días. Vine por unos temas laborales que tengo que resolver, no acá sino en Roma, pero quise aprovechar el viaje y tomar unos días previos para descansar un poco la cabeza.

—Así que viniste a París —afirmó Tomás como si conociera al muchacho de toda la vida.

—Originalmente no, primero fui a Gales. Estuve en el partido de la final de la Champions y de ahí me vine para acá.

—Mirá vos, deduzco entonces que te gusta el fútbol...

—Así es, en realidad me gustan los deportes, pero debo decir que el fútbol es mi pasión.

—Si hubieras venido unos días antes, hubieras visto la despedida de Totti, que se despidió de la Roma —declaró Tomás como si fuera un periodista deportivo experimentado.

Su compatriota se entusiasmó.

—¡Ah, veo que sos futbolero!

—¡Para nada! —respondió Tomás—. Estoy informado, pero no más que eso. De todas formas, sí me gustan los deportes, aunque soy de madera practicándolos. —Era mejor cambiar de tema—. ¿Y cuánto tiempo vas a estar acá?

—Me quedo hasta el jueves, que parto rumbo a Italia.

Tomás observó a su compatriota como un perro que olfatea a alguien recién llegado a su casa. Era intuitivo —él lo desconocía—; sin embargo, algo no le cerraba del todo. Ese “algo” estaba presente en la actitud, en el aire, o lo que fuera.

Lo alertó.

No llegó a darse cuenta de que podía ser, aunque se detuvo en la mirada del joven. Su expresión era de cansancio, y algo en su hablar denotaba tristeza. De todas formas, no fue impedimento para que Tomás continuara con su interrogatorio.

—¿Y... de qué parte de Buenos Aires sos?

—De Capital —respondió el muchacho—. ¿Vos?

—Yo vivo en la zona norte de Buenos Aires, en un pequeño barrio que se llama “Aldea del Norte”, a unos cuarenta y tantos kilómetros de la Capital. ¿Conocés?

—Sí, conozco por ahí. Igual debo decir que tenés una tonada que no termino de sacar, pero no me das ni por cerca que sos porteño.

—¡Es que no lo soy! Vivo en Buenos Aires, pero soy del interior.

—Mmmm, a ver si adivino —dijo el muchacho—. ¿Del sur?

—No —respondió Tomás.

—¿Del centro?

—¡Menos! Solo te voy a decir que de ninguno de esos lugares.

—Está bien, me doy por vencido, pero vos sabés que te estoy mirando y tu cara me parece conocida de algún lado, quizás nos cruzamos en algún lugar hoy y por eso te asocio.

—Es probable, a mí me pasó algo parecido, así que supongo que en algún lugar nos debemos haber cruzado.

18 En ese momento, la charla se interrumpió por el grito de otro guía que, en un idioma que era mezcla de francés e inglés, proclamó con un megáfono: «¡Avancen!».

—Loco, un gusto conocerte, y espero disfrutes tu viaje.

—¡Gracias por las fotos, y que tengas vos también buen viaje!

De esta forma se despidió Tomás de su compatriota, quien, en un descuido del muchacho de melena dorada, desapareció en medio de la multitud. Miró hacia la entrada y, viendo que tardaría en ingresar, se colocó nuevamente los auriculares, buscó música en el teléfono y disfrutó de la espera escuchando el primer tema que apareció en su lista de canciones: “El alma al aire”, que le sacó una sonrisa, vaya a saber por qué.

## CAPÍTULO 2

ALGO SE APROXIMA  
JAZZ & BLUES  
UNA MOCHILA Y UN SENTIMIENTO

Dicho esto, Tomás se zambulló en el tumulto de gente que seguía subiendo por las escalinatas, deteniéndose de vez en cuando para ver si divisaba a su fotógrafo y hacerle un saludo final con la mano, pero el muchacho ya se había disuelto entre la marejada de personas.

Avanzó hasta la entrada principal sacando nuevamente la cámara de su bolsita de tela y, una vez dentro, lo atrapó un sentimiento de ser muy chiquito en ese lugar tan avasallador. Se quedó maravillado de todo lo que veía y nuevamente comenzó a tomar fotos de lo que se permitía, esto debido a que no en todos los puntos turísticos estaba permitido tomar fotografías o hacer filmaciones. Trató de grabar todo en sus retinas; se asombró con un altar gigante, un órgano musical en escala, vitrales y elementos artísticos del estilo barroco —que luego supo—, fueron agregados a finales del siglo xvii. Hasta ese momento todo eran exclamaciones de asombro, personas que miraban hacia arriba extasiadas, y todo se resumía a un clima de sorpresa ante tanta majestuosidad.

De pronto, en medio del tumulto de aproximadamente un millar de turistas que se encontraban en el lugar, empezaron a ingresar policías y a vallar el lugar cerrando las puertas, dejando a los ocasionales visitantes literalmente encerrados y sin poder entender qué estaba sucediendo.

«*Todo el mundo siéntese en los bancos de madera, con las manos por arriba de la cabeza, por favor*», fueron las indicaciones que dio la policía. Obedientes, las personas se sentaron como si fueran a participar de una misa, solo que el fin no era precisamente ese.

20 Semblantes pálidos, algunas caras de desesperación, hombres que transpiraban nervios, mujeres que soltaban algún sollozo y niños que no se quedaban quietos eran algunas de las cosas que se podía observar. La excepción a esto era Tomás: se mantenía tranquilo, como si tuviera el control de lo que fuera que estuviera ocurriendo. Su serenidad era admirable, lo que no implicaba que el muchacho se quedara callado, algo que, al igual que el cruce de un cometa en el cielo, ocurría raramente. Se quitó los auriculares con disgusto, pues tenía que renunciar a escuchar el tema “Help” que le explotaba en los oídos, casi como lo hacían los gritos de los guardias del lugar.

—¿Alguien sabe qué está pasando? —preguntó a otras personas que estaban sentadas detrás—. ¡Hola! ¿Alguien entiende lo que estoy diciendo? —repitió.

—¡Sí, pero no nos importa! —se escuchó gritar a alguien.

—¡Gracias! —respondió sarcásticamente Tomás—. ¡Es usted un amor, sea quien sea!

Una voz que le resultó conocida dijo:

—Parece que un terrorista corrió a un policía con un martillo a la entrada y lo redujeron; por precaución nos encerraron acá.

Estas palabras le llegaron desde unos bancos más adelante, donde se encontraba sentado su “fotógrafo casual”, quien no mostraba un tono tan calmo y sereno como el que Tomás mantenía. Se lo veía algo agitado, y por momentos Tomás llegó a ver por el rabillo del ojo que su compatriota giraba su cabeza para mirarlo.



—¡Ah, bueno! ¿Con un martillo? ¡Seguramente le pareció caro el precio de la entrada! —replicó Tomás en tono gracioso. Inmediatamente después de hacer esta broma, se arrepintió porque hasta a él le sonó mal.

—No, esto no es joda —lo reprendió su paisano.

—Sí, perdón, a veces no me doy cuenta de las boludeces que digo. La verdad es que desde acá no escucho nada más que los murmullos de la gente que está cagada en las patas, pero bueno, se justifica.

—¿Vos no estás asustado? —le preguntó desde adelante su compatriota, a quien un policía hizo callar de inmediato.

—¿Qué ganaría? —le respondió mientras toda la gente que estaba a su alrededor se volteaba hacia él y lo miraba como diciendo: «¿No escuchás que están pidiendo silencio?»

Esta información le dio una perspectiva de lo que ocurría y, fiel a su estilo imaginativo, su cabeza comenzó a procesar y manejar distintas hipótesis: pensaba en un atentado con una bomba, o que alguien sacaría en cualquier momento un arma, y así una sucesión de hechos de todo tipo que se apoderaron de su mente. Sus pensamientos se detuvieron en el momento en que entró un prefecto de la policía de París a explicar lo sucedido —que coincidía con el relato del muchacho argentino—. Luego de pedir paciencia y colaboración, avisó que lentamente desalojarían del lugar a los aproximadamente novecientos turistas que se encontraban allí, lo que significaba que estarían bastante tiempo dentro del templo.

Tomás entendió que su destino era incierto y optó por hacer algo que lo distrajera, por lo que sacó su pequeño cuaderno de anotaciones que llevaba a todos lados. Mientras buscaba su lapicera en la mochila, se distrajo un momento. Del teléfono de algunos de sus “compañeros de banco”, comenzó a escuchar música.

Sí, música.

El refrán suele decir que calma a las fieras, y algo de cierto debió ser, puesto que muchos de quienes se veían alterados comenzaron a quedarse quietos en sus lugares, olvidándose por un momento de todo y disfrutando del sonido en jazz y blues de “Dream A Little Dream Of Me”, al que siguió “This Can’t Be Love” y “La Vie En Rose”, explotando en el sonido de la trompeta de Louis Armstrong.

22 Al cabo de poco más de una hora, cuando empezaron a salir en filas según estaban sentados, notó que su compatriota de pelo negro ya no estaba, lo que le pareció raro puesto que esa fila aún no había sido evacuada. En la medida que los rehenes iban dejando el lugar, Tomás seguía buscando a su compatriota con la mirada, como si algo lo empujara a hacerlo. Ya en la puerta y a punto de salir miró nuevamente a su alrededor, y no pudo localizarlo, por lo que se acercó a un guardia de seguridad que se encontraba apostado en la entrada y le preguntó si no lo había visto pasar:

—Por acá no lo he visto —le respondió cortésmente el agente—. Ha salido mucha gente, pero nadie con esa descripción —agregó en un español correctísimo, a pesar de que la tonada denotaba que era nativo del lugar.

—Me llama la atención que no esté por acá, él estaba solo y tengo miedo de que le haya sucedido algo —dijo Tomás.

—Acompáñeme, vamos a preguntarle al prefecto que está a cargo del operativo.

Caminaron unos metros hasta llegar adonde se encontraba el jefe del operativo de seguridad, a quien le decían *monsieur le préfet*, un agente que parecía un personaje salido de los cuentos de Edgar Allan Poe.

—¿Cómo es la persona? —preguntó en francés mezclado con mal español.

—Es alto, un metro ochenta, más o menos, morocho, algo ancho de espaldas y un poco delgado, con jeans, remera blanca y creo que también tenía zapatillas de ese color.

—¿Alguna seña en particular para identificarlo?

—*Pardon me?* —preguntó Tomás.

—Alguna señal particular, digo, si tiene una cicatriz, una marca, una pata de palo —dijo en tono sarcástico el agente.

—Qué gracioso, debería ser payaso en un circo o mimo en la plaza que está a la vuelta —respondió Tomás con el mismo sarcasmo.

—¿Cómo dijo?

Tomás miró hacia otro lado como desentendiéndose y solamente respondió:

—Nada, era solo una reflexión.

Hasta ese momento, la policía parisiense, a la que todos alababan por su forma de moverse y actuar, le hizo plantearse a Tomás si en realidad no era solamente astuta y nada más.

—Bueno, ¿me va a decir si su amigo tiene alguna seña particular o no?

—No lo sé. —Era cierto, no sabía—. Ya le dije antes que no lo conozco, en realidad solo hablé con él unas palabras. Me tomó unas fotografías y nada más.

—¿Entonces para qué se preocupa? —se le escuchó decir al inspector.

—No sé por qué, pero mi intuición me dice que algo pudo haberle pasado, no me malentienda, pero es un compatriota y me sentiría muy mal si algo le pasara y yo tuve oportunidad de ayudarlo y no lo hice.

—Mmm, entiendo. —No parecía entender—. Y, volviendo a la pregunta, ¿algo más para identificarlo?

—Sí, ahora que lo menciona, lleva una mochila de tela azul con una bandera argentina en el bolsillo del frente.

El prefecto tomó una pequeña radio inalámbrica que calzaba en el cinturón y comenzó a dar directivas en términos —y obviamente, en un idioma— que Tomás no llegó a entender. Mientras tanto, la gente continuaba saliendo y, conforme la Catedral fue quedando vacía, una sensación de frío comenzó a correrle por la espalda al viajero. En ese momento, se preocupó de que quizás hubieran tomado de rehén a su nuevo amigo, o de que este se hubiera descompuesto, o lo que fuera, y que él no pudiera hacer algo para ayudar a quien se había portado tan diligentemente unas horas antes.

Al final, la policía clausuró el lugar cerrando todos los accesos a las dependencias, y un oficial que estaba junto al prefecto le indicó que debía salir no sin antes ser llamado por el inspector, quien le pidió que le indicara en qué parte del salón había estado sentado el muchacho argentino perdido. Tomás miró hacia la fila central de bancos y notó, casi sin querer, que la mochila del joven aún permanecía allí, debajo del macizo asiento de roble que oficiaba, en situaciones normales, como elemento para arrodillarse y rezar.

El oficial, al ver la expresión de Tomás, posó sus ojos en el bolso abandonado y comenzó a gritar algo en francés al inspector, quien hizo que todo el mundo empezara a correr como si una plaga de langostas estuviera asolando la iglesia. «¡Evacúen el lugar, posible bomba!», fue lo que pudo entender Tomás. Sin embargo, algo le decía que eso no era correcto puesto que no asociaba el perfil del joven argentino con un terrorista.

Haciendo como si no entendiera lo que estaba ocurriendo, se soltó del brazo del oficial para volver sobre sus pasos y, en una actitud por demás vehemente, tomó la mochila. La abrió como buscando algo, mientras los policías se estorbaban tratando de evitar la audaz y por demás

estúpida maniobra, pero era tarde: en una fracción de segundo, Tommy había extraído un libro de tapas azules, un buzo, un cuaderno de viaje, una botella de agua mineral, una remera con el escudo de la *Champions*, un pasaporte y una lapicera. Eso era todo lo que contenía el bolso. Los tres policías que habían saltado sobre él para detenerlo se quedaron atónitos, mirándose entre ellos y, seguramente, con ganas de pegarle por la irresponsabilidad del acto que acababa de cometer el rubio. Tomás volvió a guardar todo en su lugar, junto a un pedazo de papel garabateado que traía con él, y dejó a mano el pasaporte para saber al menos cómo se llamaba el joven a quien buscaban, con la certeza ahora de que algo le había pasado.

Luego de una serie de epítetos pronunciados por el prefecto inspector, entregó la mochila al oficial y se quedó mirando el pasaporte: “Santiago Mateo De la Cruz”, rezaba el documento. Argentino, cuarenta años, su información de ingreso al país coincidía con lo que le había contado cuando estaban en plena faena fotográfica. Luego de esto, le entregó también el documento al prefecto.

—¡Ea, ea, usted, venga pa’ca! —gritó uno de los tres policías, quien era español y trabajaba hacía unos años en la ciudad—. ¿Cómo dice que se llama?

—Tomás, Tomás Prado, soy un turista argentino.

—¿Está loco? ¿Cómo se le ocurre hacer semejante estupidez? —soltó el policía con expresión de furia—. ¿Mire si tenía una bomba ese bolso?

—¿En serio me dice eso? —Fue la expresión de Tomás—. ¿Cree que un terrorista va a llevar un ejemplar de *El Principito* en el bolso? ¡Hágame el favor, oficial, no sea ridículo!

El agente de la ley, sin saber cómo reaccionar, reflexionó un momento y se dio cuenta de que lo que Tomás decía era bastante coherente.

—¿Y de dónde conoce usted a este tipo?

—Ya le contesté al prefecto lo mismo —se fastidió Tomás—. No lo conozco, solo que me sacó unas fotos e intercambiamos unas palabras, pues resultó ser mi compatriota.

—Entiendo, aunque debo decir que es un poco raro tanta coincidencia.

—No lo creo, oficial —dijo Tomás.

—¡Inspector! —lo corrigió el agente con un grito.

—Inspector..., veo por su acento que es español.

26 —Así es, soy de Galicia —respondió con orgullo el hombre.

—Dígame, inspector, si usted conociera aquí a algún compatriota gallego y pasara por lo mismo, ¿no se preocuparía?

—No sabría qué decirle. Ustedes, los argentinos, son muy raros, salvo Messi, que es la excepción, el resto de ustedes es muy complejo —continuó el gallego con un tono de voz entre cómplice con la causa y autoritario.

Volviendo al tema en cuestión, se puso firme nuevamente y exclamó:

—¡No se preocupe! Si está por acá, lo encontraremos, ya va a ver.

Tomás le dedicó una mirada condescendiente y respondió:

—Muchas gracias.

—Bien, en vistas de que no hay nada peligroso, tenga el bolso de su amigo mientras espera afuera; nosotros nos quedaremos con el pasaporte.

—De acuerdo, pero le reitero que no es mi amigo —agregó Tomás.

El muchacho de melena amarilla caminó hacia la calle, pasó por debajo de un cordón de *nylon* amarillo con letras negras, y se ubicó detrás del vallado. Desde allí

contempló cómo el prefecto y su equipo de oficiales —que parecían salidos de una película de ciencia ficción— continuaban con la tarea de acordonar la zona y evacuar el lugar, ya que se había convertido en una zona de guerra: las fuerzas de seguridad, equipadas con cascos futuristas, seguían apareciendo por todos lados; los periodistas y las cámaras de televisión se apostaban en lugares estratégicos; y un ejército de medios custodiaba lo que sucedía en la famosa catedral.

Pasaron unos diez minutos hasta que del edificio salió el policía español escoltando al tan buscado argentino, quien parecía un pollito mojado separado de su mamá gallina. Lo acompañó hasta donde estaba Tomás, lo hizo pasar por debajo del cordón y lo estaqueó —literalmente— como si fuera un granadero a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Tomás con preocupación.

—Sí, sí, ahora lo estoy —respondió el joven.

La cara pálida, transpirada y lacrimosa ya no era la del hombre seguro que había conocido horas atrás en las escalinatas de la catedral.

—¿Qué te pasó?

El policía español se adelantó a contestar, usando un tono entre serio e irónico:

—El *majo* se quedó encerrado en el baño y, cuando la policía cerró el lugar, no tuvo forma de comunicarse.

Con evidente vergüenza, el joven bajó la cabeza. Pasó una milésima de segundo y volvió a erguirla. Con ojos inundados de lágrimas balbuceó al policía:

—Muchas gracias por buscarme.

—No me dé las gracias a mí, déselas a él, que nos insistió en buscarlo —respondió el oficial señalando a Tomás.

Instantáneamente, giró su cara hacia donde estaba el curioso rubio, lo miró fijo y, apenas moviendo los labios, pronunció: «Gracias por preocuparte».

En ese momento, y como pocas veces solía pasarle, Tomás no supo qué decir. No encontró las palabras apropiadas, como siempre lo hacía en esos casos, y solamente asintió en señal de agradecimiento. Algo lo había desacomodado, su intuición le dijo que estaba frente a una buena persona que estaba pasando un mal momento. La expresión del joven rescatado le generó vaya a saber qué sentimiento, y Tomás se emocionó a más no poder.

28

Tragó saliva y bajó su rostro hacia la mochila que tenía en custodia. Escondió el rostro bajo su arremolinado pelo, que lo mantuvo a salvo por unos segundos y, cuando se sintió repuesto, le entregó las pertenencias a su dueño.

Fue allí que se presentó formalmente:

—Me llamo Mateo —dijo mientras tomaba sus cosas y le extendía la mano en señal de saludo.

—Pensé que te llamabas Santiago...

—Sí, ese es mi primer nombre, pero todos me llaman Mateo. Esperá, ¿cómo sabés que me llamo así? —levantó la ceja izquierda y ladeó la cabeza.

Tomás miró hacia el cielo y soltó un silbido, acto que a su compatriota le causó gracia.

—Estem... digamos que revisé tus cosas, pero fue por una noble causa, un gusto conocerte, Mateo. Yo me llamo Tomás, pero prácticamente para todos los que me conocen y los que aún no, soy "Tommy".

Mateo levantó la mochila como si cargara una bolsa de harina sobre su hombro, previa revisión del contenido de esta, y ya repuesto le devolvió las atenciones a su nuevo amigo.

—Un gustazo, Tommy.

Tomás se quedó mirando la expresión de Mateo y haciéndose el desentendido preguntó:

—¿Está todo?

—Sí, un poco revuelto, pero no falta nada.



—Eso es culpa mía —admitió Tomás—. Me tomé el atrevimiento de revisar la mochila con la policía cuando la encontré debajo de los bancos. Por cierto, en el cuaderno de viajes noté muchos errores de ortografía. ¡Por Dios, ni que fuera tan difícil saber que los diptongos monosilábicos no se acentúan! —exclamó de pronto con una sonrisa que denotaba que, como cada vez que se ponía nervioso, perdía el control de su lengua, algo en común con otro rubio que muchos habrán conocido en libros anteriores. La cara de sorpresa con que lo miró Mateo lo hizo darse cuenta de ello y se calló al instante.

29

—Sí, claro, pero me gustaría salir de acá si no te jode.

—Me parece genial —convino Tommy—. Vamos a preguntar a la policía si podemos irnos, ¡ah!, y a pedirles tu pasaporte.

Así entonces, fueron a hablar con los agentes y, con el visto bueno del policía español, se disculparon por las molestias ocasionadas y se despidieron deseándoles que terminara en paz el suceso. Cuando se alejaban del lugar, escuchó en una tonada españolísima la frase:

—¡Ea, ea, usted, el rubiecito, mantenga a su novio alejado de los museos!

Tomás se dio vuelta y sin dejar de caminar puso las manos como imitando un megáfono y en el mismo tono le gritó:

—¡Apenas lo conozco, gallego!

El paisano español se puso sus manos a la cintura y, quedando como si fuera una tetera, lanzó en tono de amenaza:

—Sí, sí. Como sea, ¡váyanse y no regresen!

Los chicos se miraron riéndose. Asintiendo, hicieron una suerte de genuflexión ensayada y se retiraron de allí.



**BÄRENHAUS**  
EDITORIAL